

## "FRANCISCO GREGORIO BILLINI"

de Frank Roca

### PUESTA EN CIRCULACION

Por Mariano Lebrón Saviñón.

El género biográfico no ha sido cultivado entre nosotros. Apenas fulgores de vidas se iluminan en el parvo espacio de un ensayo o en capítulos breves de apasionados enfoques. Tal Miguel Angel Garrido en sus "Siluetas," destellos de pasión de un alma atribulada por rebeldes e insólitas angustias.

Hay personalidades, sin embargo, paradigmáticas, que requieren el que nos asomemos al país de su alma, llevados por un amable cicerón que es el biógrafo. Hombres de almas praderales que hacen el milagro ideal de multiplicar los soles con su sola presencia de amor y pasan por nuestro lado sin que nuestra anosmia nos permita percibir la vibrante caricia de su aroma.

Stefan Zweig, creador de una nueva forma de biografía, donde con vara mágica ilumina los oscuros o risueños malezales del alma logra apurar nuestra ansiedad, nos involucra en las peripecias de una vida agena, nos hace sufrir con sus angustias o elevarnos con sus conquistas y hasta provoca la expectativa ansiosa de nuestra alma por insólitas situaciones de un pasado que se despierta. No importa el que se trate de una vida de admirables protervias como la de Fouché, de controversiales

contrastes como la de María Antonieta o de triunfos arrebatados. El biógrafo debe ser justo y apasionado, veraz y probo. Debe ir conmovido y arrebatado por hilos de simpatías hacia la vida que quiere iluminar. De no ser así la obra que escriba será controversial, como el "Anatole France en zapatillas," donde el secretario del egregio escritor, Jean Jacques Brousson, vuelca indiscreciones estériles nada orientadoras o nos da una obra ingrátida y monótona que enturbia el agua de nuestra simpatía.

Si el autor no se identifica con el biografiado, si no ve en él secuencias paradigmáticas es seguro que no logrará mover nuestro interés y su personaje pasará por nuestra alma fugaz, como los breves fulgores estelares. De lo contrario creará una imagen permanente y hermosa enriquecida con la maravilla de las flores que aspira en unos ilusorios Campos Eliseos: tal "El ingenioso hidalgo Miguel Cervantes y Saavedra" de Francisco Navarro y Ledesma; "La vida de Beethoven" por Romain Rolland y ... para no hacer un catálogo de títulos: "Francisco Gregorio Billini" de Frank Roca, el libro que ponemos a circular hoy aquí, en la Biblioteca de la UNPHU.

Cuando conocí a Frank Roca, urgido de afanes literarios, yo era ya hombre maduro sobreviviente de muchos naufragios de ilusiones y apretado en las sombras de estremecidos derrumbes pasionales. El, muy joven, se aprestaba a penetrar en el mundo combativo de la lides culturales, que es lucha y agonía en nuestro ámbito hispánico donde se hace presente siempre un vehemente afán de primacías. Pero había algo en él, que todavía persiste, que debía de ser su escudo: una risa, una risa jocunda, primaveral, clangorosa como si en ella retozara la vida sus rondas de puericia eterna. Una risa, una sonrisa, en un rostro bonachón que es como el espejo de un gran talento. Hay sonrisas gélidas sonrisas que se pliegan en gestos de muda imprecación, sonrisas avaras que niegan su implacable dulzor, las hay que cantan y las hay amarga como la ironía o el dolor. La de Roca habla de vida, de amistad, de ingenuo y positivo anhelo

de servicio. Hay sonrisas así. Toda la amabilidad y saber de Max Henríquez Ureña asomaba a su rostro cuando sonreía. Lo mismo Fabio Fiallo.

Son sonrisas conquistadoras. Y son —la realidad luego lo comprueba— trásunto de bondad. Pero llave también de puertas cercas.

Los muchachos a cuyo cargo estaba la impresión del libro de Roca trabajaban con tanto conato y entusiasmo que hube de interrogarles por qué ponían más amor en ese libro que en otro y me respondieron que les era grata la recompensa de alegría que su autor brindaba con el progreso de su impresión. Era obvio que se referían a su sonrisa, “la flor de su figura,” como le llamaba Rubén Darío a la de Valle Inclán, “el de la barba de chivo.”

¡Frank Roca! Este joven escritor que vió su primera luz en Macorís del Mar y hoy dicta cátedras en nuestra Universidad Nacional “Pedro Henríquez Ureña,” guarda reconocida fidelidad a su quehacer de escritor. Es un intelectual de pasta que se mueve en varias instituciones culturales (Ateneo Dominicano, Academia Dominicana de Ciencias, Academia Dominicana de Letras y Ateneo de San Pedro de Macorís del que fue Presidente) y en el menester docente reparte su labor, además de la UNPHU, en la O&M Universidad Dominicana y en el Instituto Nacional de Formación Técnico Profesional (INFOTEP). Ha ganado premios en torneos literarios, cosa de la que no debe ufanarse porque en ésta feble credencial.

Su mejor aporte a la literatura dominicana es en el género biográfico.

En 1971 publicó su comentada obra: “Aspectos de la vida de Eliseo Grullón” y prepara “Perfil público de Casimiro Nemesio de Moya.” Sus “Rasgos biográficos de Gastón Deligne” premiado en el Certamen celebrado con motivo del centenario de la provincia de Sn Pedro de Macorís, ha merecido calurosos elogios de Manuel de Jesús Goico Castro, equilibrado y generoso humanista nuestro.

Hoy vamos a poner en vuestras manos la biografía de un hombre maravilloso, héroe y político de sentimiento casi

apostólicos. Demócrata y puro, Francisco Gregorio Billini, como San Martín, no dejó que el maremagnum de las pasiones políticas, que estraga la bondad, envolviera su vida como un ala aleva de protervia. Salió puro y límpido, como mantiénese el lirio inmaculado en el fangal, del horco incendiado de las pasiones.

Américo Lugo dice de él: "Como Garcilaso, Billini fue poeta y soldado, y pasando el sable a la izquierda mano tomaba la pluma y en el rigor de la campaña escribía."

Es valedero lo que dice Lugo y así lo explica Roca en el segundo capítulo de su biografía donde pone lo transliterado como epígrafe. El 26 de noviembre de 1930, contestando a una encuesta de Bahoruco, aseveraba el propio Lugo:

"¿Cuál ha sido el mejor Presidente de la República Dominicana?

Creo que ha sido Francisco Gregorio Billini — quien sólo tiene en la historia patria un rival: Ulises Francisco Espaillat. Fueron grandes patriotas y a la par hombres de Estado, Sus sentimientos elevados, su clara inteligencia, su noble carácter, hacen de ambos dos valiosas excepciones al tipo nacional del gobernante de fuerza. La presidencia de Espaillat nos suministra el más magistral instrumento para medir la incapacidad política del pueblo dominicano: pero Billini es superior porque poseía un concepto más profundo del derecho y, sobre todo, porque, en su abnegación, la pureza parte límites con la inocencia."

Inocencia: qué palabra tan pura, diáfana, transparente y temblorosa que debe ser solitaria perla en la diadema de los héroes del amor y el pensamiento! Es la inocencia de un Duarte apóstol la que sucumbe ante la protervia de un Santana; es la inocencia de un Billini la que sucumbe ante la astucia vulpeja de un Lilís; y se refugia en el alma temblorosa del poeta y enciende de fragancias la floresta.

Roca es rico de acervo y sabe manejar, como el guiñolero sus marionetas, sus personajes. Ojalá persista en el género. Se necesita. Pocos grandes personajes históricos de nuestro pasado glorioso han sido objeto de recuentos biográficos.

Duarte, el dios hierático de la dignidad y los renunciamientos ha tenido sus biógrafos, algunos egregios como Pedro Troncoso Sánchez y Carlos Federico Pérez; Juan Isidro Pérez, héroe esquiliano de prometeica contextura desfalleciente, tiene en Rodríguez Demorizi su exaltador, quien lo compara a Hamlet; Sánchez, héroe puro que santificó la palma del martirio, tiene su Ramón Lugo Lovatón; Santana también ha sido exaltado de frente al sol por sus glorificadores y con su alma turbia, por sus impugnadores, pero siempre con su reicedumbre de vencedor... y muy pocos más. Pero ahí hay nombres que todavía esperan su Tabor de gloria: Luperón, el centauro de las batallas que fatigó la gloria y la arrulló en su pecho como novia amada; Demetrio Rodríguez, el guerrillero invencible que en la Germania recitaba a Goethe en alemán y vino a la manigua antillana como un émulo glorioso de Viriato; Lils, el déspota que ponía un tono de genial cinismo en su protervia, del que sólo se han biografiado fábulas pintoresca y grotescas hazañas ajenas al verdadero pedernal de su alma; Juana de Sotomavor, Juana de Arco tropical, defendiendo con su epopéyica acción su hispanismo... y tantos.

Yo se que Frank Roca, que es nacionalista y bueno, nos dará todavía muchas obras henchidas de ese patriotismo que tanta falta hace.